

UNA AVENTURA DEL  
**CAPITAN RILEY**



**EL  
CIELO  
SOBRE  
ORÁN**

FERNANDO  
GAMBOA

# EL CIELO SOBRE ORÁN

Fernando Gamboa

© Fernando Gamboa González. Marzo 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

[Amazon](#)  
[Twitter](#) & [Facebook](#)  
[www.gamboaescriptor.com](http://www.gamboaescriptor.com)

## Contenido

[Dedicado a Teresa Márquez](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN RILEY](#)

[Otras novelas de Fernando Gamboa](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Dedicado a Teresa Márquez*

«Cuando estalla una guerra, las gentes se dicen: “Esto no puede durar, es demasiado estúpido”. Y sin duda una guerra evidentemente es demasiado estúpida, pero eso no impide que dure. La estupidez insiste siempre.»

Albert Camus.  
*La Peste*

1

23 de julio de 1941  
Cartagena, España

A pesar de estar ya bien entraba la tarde, un sol inclemente descollaba a dos cuartas sobre el Castillo de Galeras, derrochando energía como si pretendiera hervir el agua de la bahía antes de desaparecer tras el horizonte.

Bastante más abajo, un pequeño carguero de cincuenta metros de eslora, con el nombre peculiar de *Pingarrón* escrito con pintura blanca en las amuras, permanecía amarrado al muelle de Alfonso XII del puerto de Cartagena. En su repintada cubierta, un hombre en mangas de camisa, alto, de pelo negro desordenado y una cicatriz en la mejilla izquierda, se asomaba a la bodega principal desde la cubierta, dirigiendo la descarga de una aparatosa máquina de lavado de mineral destinada a las minas de plomo de La Unión.

—Ahí lo tienes, Jack —dijo volviéndose a medias, levantando el pulgar—. Ahora súbelo. Muy despacio.

Joaquín «Jack» Alcántara, a los mandos de la grúa de la nave; más bajo, grueso y con una poblada barba oscura rodeando su semblante inquieto, accionó el motor del cabrestante, y el cable de acero comenzó a enrollarse en el tambor con un quejido metálico.

—*Cagundeus...* —gruñó con acento gallego, viendo el esfuerzo que se le estaba exigiendo al motor—. Esa cosa pesa como un muerto.

—No te preocupes —lo tranquilizó Alex Riley, alzando sus ojos ambarinos hacia la temblorosa cruceta de la

grúa, muy arriba sobre su cabeza—. Aguantaré —Y en voz baja añadió—: Espero.

Cinco metros por debajo, en el interior de la bodega, un mulato de aire melancólico, un gigante con cara de loco y una muchacha guapa y risueña contemplaban cómo la máquina se elevaba penosamente, rezando en silencio para que aguantaran los anclajes con los que la habían asegurado al gancho de la grúa.

—¡César, Marco, Julie! —los avisó el capitán Riley desde cubierta—. Hacedos a un lado. Si esta cosa se cae, no quiero tener que recogeros con un cubo.

Sin necesidad de que se lo repitieran dos veces, el mecánico de origen angoleño, el mercenario yugoeslavo y la joven que ejercía de piloto de la nave dieron un par de precavidos pasos hacia atrás.

Centímetro a centímetro, la enorme máquina de lavado de mineral emergió por la escotilla de la bodega, como un feo monstruo de acero gris saliendo de su madriguera.

—Ya está. Para —ordenó Riley a su segundo en cuanto la carga superó la altura de la borda—. Ahora muévelo a estribor, con cuidado de que no se balancee.

Jack Alcántara estuvo a punto de replicar que sabía lo que se hacía, pero se encontraba tan tenso que sus dientes se negaron a separarse para permitirle hablar.

Lo que sí hizo fue manipular las palancas de la grúa para seguir las indicaciones de su capitán y, una vez la carga alcanzó la vertical del muelle de hormigón, accionó el desenrollado del cabrestante aún más lentamente que antes, hasta que el pesado artefacto se posó con un crujido sobre los palés de madera que le servían como asiento.

Cuando el cable de acero se destensó al fin, libre del peso, el gallego dejó escapar un suspiro de alivio y, cerrando los ojos, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—Muy bien, Jack —lo felicitó su capitán, volviéndose hacia él desde la regala—. Como una pluma.



El gallego abrió los ojos y asintió ante el cumplido, aún demasiado tenso como para hablar.

—¡Muy bien también ahí abajo! —alzó la voz el capitán, para los que estaban en la bodega—. Venga, poneos ropa limpia y os invito a unos vinos en el bar de Lola.

Una hora más tarde, irreconocibles tras una ducha y ponerse ropa limpia, la tripulación del Pingarrón al completo bajaba por la Cuesta de la Baronesa, bromeando sobre el exceso de colonia con el que se había rociado Marovic.

—*Carallo*, Marco —se quejó Jack arrugando la nariz—. Hueles como una puta barata.

El enorme yugoeslavo miró de arriba abajo al gallego, como si evaluara la posibilidad de estamparle un puñetazo.

—Entonces, te gusta, ¿no? —replicó con una sonrisa peligrosa.

—Eso preguntaselo a tu madre —ladró el gallego.

—Ah, *mon dieu*, callaos los dos —los interrumpió Julie alzando la mano—. Mirad.

Al doblar la esquina, se habían topado con una interminable fila de hombres, mujeres y niños desharrapados, que aguardaban impacientes su turno frente a un despacho de cartillas de racionamiento, vigilados por un par de guardias civiles con tricornios y fusiles máuser al hombro. Su mirada se dirigió automáticamente hacia los tripulantes del Pingarrón, que en comparación con aquella gente de aspecto famélico y ojos cansados que sufría los dramáticos efectos de la posguerra, se veían tan saludables y bien alimentados como los más ricos del lugar.

—*Merda* —murmuró César al pasar junto a ellos en la estrecha calle.

—Me siento culpable —añadió la francesa llevándose la mano derecha al estómago.

—No tienes por qué —apuntó Riley sin dejar de caminar—. Ya hacemos todo lo que podemos por ayudarlos.

—¿En serio? —inquirió Jack en voz baja, contemplando a sus desafortunados compatriotas—. ¿El estraperlo cuenta como ayuda?

—Les estamos proporcionando productos que de otro modo no podrían conseguir.

—Oh, sí. Les vendemos champán, paté, caviar... Somos unos jodidos héroes.

El capitán Riley se detuvo en seco y se encaró a él, silenciándolo con la mirada.

—Si quieres, puedes regalarles tu parte.

—No me refería a eso —refutó el gallego.

—Pues yo sí —replicó Riley y, acercándose aún más a su segundo, siseó—: Ya hice mi parte cuando combatí por esta gente en las Brigadas Internacionales.

—Lo sé, yo también estaba ahí —contestó en el mismo tono—. ¿Recuerdas?

—*Capitaine*... —intervino la francesa tomándolo del brazo.

—¿Qué? —ladró Alex.

Entonces se dio cuenta de que no solo los miraban las decenas de personas que esperaban su cartilla de racionamiento, sino que también los dos guardias civiles los estudiaban con excesivo interés. Por experiencia, todos sabían que nunca era bueno despertar el interés de ese cuerpo de policía militarizada. Aún menos cuando su auténtico negocio era el contrabando y llevaban un cargamento oculto tras un falso mamparo de la bodega de la nave.

—Vámonos —ordenó el capitán a sus tripulantes, y bajando la cabeza continuaron su camino hasta la cercana calle Cuatro Santos, donde un par de toneles carcomidos flanqueaban la entrada a la taberna de Lola, como pintorescas garitas de un cuartel.

El interior del pequeño bar recordaba a una vieja bodega, por el frescor de cueva, la hospitalaria oscuridad y el penetrante olor a vino agriado que, más que desagradable, evocaba un sentimiento de familiaridad, como de vuelta al hogar. Contribuía a esa sensación de encontrarse en una

cava el hecho de que el lugar estaba apenas iluminado por un par de lámparas de petróleo a media luz y que del techo colgaban varios ganchos vacíos, tiesos como estalactitas. Durante años, de esos ganchos habían pendido jamones, salchichones y chorizos cantimpalos; ahora no quedaban ni los cordelitos como recuerdo.

Un par de toneles como los de la calle hacían las veces de mesas, y una barra de madera ennegrecida cubierta de corazones y fechas torpemente tallados a navaja separaba las barricas de vinos con sus precios escritos a tiza de la clientela del local. Aunque en ese momento solo había un cliente, un hombre con uniforme de la marina mercante y pelo cano cortado a cepillo sentado en un taburete de la esquina, mirando con fijeza el vaso de vino a medio beber que descansaba sobre la barra.

Entonces apareció Lola, una mujer de edad difícil de precisar pero más cerca de los cuarenta que de los treinta, casi tan delgada como el resto de los cartageneros, pero cuyos chispeantes ojos negros y exuberantes curvas, que esa tarde resaltaban bajo un ceñido vestido rojo, hacían de ella una legítima atracción local. Viuda de un alférez de corbeta y ya sin luto al que velar, derrochaba guiños y miradas insinuantes para disculpar el vino aguado, y no eran pocos los marinos que recalaban en aquella taberna solo por el placer de cruzar unas palabras con ella.

—¡Benditos los ojos! —exclamó al verlos, iluminando el local con su legendaria sonrisa—. Hace tanto que no veníais a verme que pensé que os habían hundido los ingleses o los alemanes.

—No exageres —respondió Riley, tomándole la mano por encima de la barra para plantarle un beso en ella—. No hace ni un mes que vinimos.

—Dos —lo corrigió Lola levantando dos dedos.

—¿En serio? —Se giró hacia sus tripulantes, que asintieron al mismo tiempo.

—¿Y vais a estar mucho tiempo en Cartagena? —preguntó la tabernera dirigiéndole una mirada de coquetería al capitán.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo bien que me trates a mí —terció Jack, aprovechando la ocasión.

Lola desvió la vista hacia el orondo marino y le dedicó una sonrisa piadosa.

—Yo siempre te trato bien —alegó.

El gallego le dedicó un guiño.

—No tanto como yo quisiera.

La sonrisa de la bodeguera se convirtió en una mueca de cansancio.

—¿Y cómo va el negocio? —preguntó Riley acodándose en la barra.

La cartagenera abrió los brazos e inclinó la cabeza hacia el único cliente del local.

—Ya ves. —Resopló—. Si no fuera por él, ya me habría ido a casa.

El marino de la barra levantó la vista de su vaso y miró a la mujer, revelando un rostro anguloso, unos ojos color índigo y un acicalado mostacho pasado de moda treinta años atrás.

—¿A dónde iba a ir yo un domingo a estas horas? —protestó con voz rasposa mientras le tendía la mano al capitán—. Alfonso Pérez-Reverte —se presentó—, para servirle.

—Alexander Riley —contestó correspondiendo al saludo—. Y esta es mi tripulación.

El hombre miró a su espalda, dedicándoles un extraño «buenas tardes» a la insólita cuadrilla.

—¿De dónde son ustedes? ¿Ingleses?

Alex hizo un gesto ambiguo en el aire, como cada vez que le formulaban esa pregunta, y respondió:

—De aquí y de allá.

—Comprendo... —mintió Pérez-Reverte, paseando la mirada por el hombretón de aire peligroso, el gordinflón de poblada barba, la risueña jovencita y el mulato melancólico que la tomaba de la mano—. ¿Y hacia dónde se dirigen?

—Hacia ningún lado en realidad. Acabamos de descargar, y estaremos fondeados en la dársena hasta que nos salga algún trabajo.

Al marino mercante se le escapó un bufido por debajo del bigote.

—Pues les deseo mucha suerte. —Alzó su vaso de vino con una mueca irónica—. Aquí está todo muerto. Yo llevo meses esperando a que surja algo, pero esta posguerra está siendo ruinoso. El comercio casi ha desaparecido y, para colmo, la guerra en Europa no hace más que complicar las cosas.

Riley se encogió de hombros.

—Aun así, siempre surge algo.

—Pues discúlpeme si no comparto su optimismo...

Antes de que Pérez-Reverte terminara la frase, un hombre en un traje cruzado gris de aspecto carísimo entró en el local, se quitó el sombrero y se plantó en el umbral. Paseó una mirada dubitativa entre los presentes con sus ojos glaucos durante unos instantes, para finalmente dirigirse al hombre con el uniforme de la marina mercante y el inconfundible acento, parte inglés y parte gaditano, de los nativos de Gibraltar.

—Buenas tardes. Estoy buscando al capitán Alexander Riley.

El marino, aún con el vaso de vino en la mano, alzó la barbilla en dirección a Riley.

—¿Quién es usted? —preguntó con desconfianza el capitán del Pingarrón, pensando en el material de contrabando que seguía oculto tras un mamparo de la bodega de carga.

—Nicholas Palermo.

Riley se dio cuenta entonces, al tenerlo de frente, de que el fulano tenía un ojo de color verde y otro azul. El efecto era desconcertante. Una sonrisilla despuntó bajo el fino bigote del recién llegado, consciente de la reacción que causaban sus ojos.

—¿En qué lo puedo ayudar... señor Palermo?

—Quiero contratarlo. Para un trabajo.

En boca de un gibraltareño, eso solo podía significar una cosa.

—Entiendo... —murmuró—. Pues siéntese con nosotros a tomar un vaso de vino —alzó un dedo hacia Lola para pedir que los sirviera—, y luego hablaremos de negocios.

El recién llegado miró el vino que Lola vertía en los vasos dispuestos sobre la barra como si hubiera estado sirviendo chupitos de sulfumán.

—No hay tiempo para eso —objetó.

—Siempre hay tiempo para unos vinos —rebatió Jack tomando uno de los vasos y llevándoselo a los labios.

—Ustedes no lo comprenden. La persona para la que trabajo no admite esperas.

—¿Y qué persona es esa? —preguntó Alex con mal disimulado recelo.

Palermo negó con la cabeza.

—Mejor que no lo sepan... aún. —Miró de reojo a Alfonso.

Riley chasqueó la lengua con desagrado.

—Pues en ese caso y sintiéndolo mucho, no vamos a...

El capitán se quedó con la palabra en la boca cuando Palermo introdujo la mano en el interior de su traje cruzado.

Por un instante, Riley temió que fuera a desenfundar una pistola de la sobaquera. Pero lo que sacó fue un fajo de billetes verdes enrollados y atados con un cordoncito blanco.

Los levantó frente a su cara para que Riley pudiera verlos bien, y con extrema lentitud los dejó sobre la barra, como si temiera romperlos.

—Aquí hay cinco mil francos suizos en billetes de quinientos —anunció tranquilamente—. Y habrá otros cinco mil esperándoles cuando terminen el trabajo.

Un silencio incrédulo se apoderó de los presentes. Ninguno de ellos había visto tanto dinero junto en su vida.

—¡La virgen! —exclamó Lola con los ojos como platos.

—¿Esto... va en serio? —barbulló Jack sin quitarle la vista de encima a los billetes.

—Completamente —afirmó Palermo.

—¿Qué quiere que hagamos? —inquirió Riley, esforzándose por no parecer demasiado interesado.

—Que tomen ese fajo de billetes y vengan conmigo. No puedo adelantarles nada hasta que hayan aceptado el negocio.

—¿Y si aceptamos —intervino César— y luego cambiamos de opinión?

Palermo sonrió como un zorro a una liebre coja.

—Eso sería una terrible equivocación por su parte —advirtió con voz grave—. Si aceptan el trato, tendrán que cumplirlo.

—Sin saber de qué se trata —dijo Riley.

—Sin saber de qué se trata —confirmó Palermo.

Alex Riley consultó a sus tripulantes con la mirada. La última palabra era la suya, al igual que la responsabilidad si las cosas se torcían, pero desde sus años como brigadista en la guerra civil había adquirido el hábito de preguntar a los que estaban bajo su mando. De ese modo solía equivocarse menos y, sobre todo, dormía mejor por las noches.

—¿Qué me dices, Jack? —le preguntó a su segundo.

—No me fío. Pero es un montón de dinero.

—¿Eso es que sí?

El gallego vaciló un momento.

—Hagámoslo.

Miró a la joven francesa.

—¿Julie?

—*Oui*.

—¿César?

—*Sim*.

—¿Marco?

El yugoeslavo ni siquiera oyó la pregunta, de tan concentrado que estaba calculando con los dedos la parte que le correspondía.

—¿Marco?